

Sergio Gianna

Lic. en Trabajo Social (UNC)

Maestrando en Trabajo Social (UNLP)

Docente de la Facultad de Trabajo Social (UNLP)

Becario CONICET

E-mail: sdgianna@gmail.com

Vida cotidiana y Trabajo Social: límites y posibilidades en la construcción de estrategias de intervención profesional

Resumen

El presente trabajo tiene por finalidad analizar las determinaciones fundamentales existentes en la vida cotidiana y sus mediaciones con la intervención profesional. Reconociendo que el cotidiano es el ámbito de la pseudo concreción, donde predominan los aspectos fenoménicos e inmediatos de la vida social, se pretende avanzar en el reconocimiento de algunas de las formas elementales que toma en el modo de producción capitalista. Es decir, se parte del análisis de las determinaciones generales del cotidiano, para avanzar sobre sus formas particulares en el capitalismo, y cómo éstas se presentan en el escenario de la intervención profesional. A partir de ello, se introduce la necesidad de superar el cotidiano, conociéndolo en sus determinaciones y procesualidad histórica, para lograr una intervención situada, que permita direccionar la práctica profesional en la consecución de un proyecto profesional crítico, basado en valores emancipatorios.

Palabras claves

vida cotidiana · mediaciones · intervención profesional

Abstract

This study aims to analyze the basic specifications existing in daily life and their relationships with the professional intervention. Assuming that by daily life we imply the near-concretion environment where social life immediate and phenomenal aspects prevail, the intention is to progress so as to recognize certain elementary forms adopted under the capitalist production mode. In other words, we go from the analysis of the daily general specifications to their particular shape under capitalism, and how they are displayed on the professional intervention scenario. Thereinafter, it will be necessary to overcome the daily life, being it known under its historical processing and specifications, in order to obtain a located intervention, enabling to steer the professional experience so as to achieve a critical professional project, based on emancipating values.

Key words

daily life · relationship · professional intervention

Introducción

El presente trabajo tiene por objetivo analizar los límites y posibilidades del accionar profesional del trabajador social en el marco de la vida cotidiana. Para ello, en un primer momento, se pretende avanzar en un proceso de reconocimiento de las determinaciones fundamentales del cotidiano, y cuáles son las formas concretas que adquiere dentro del modo de producción capitalista. A partir de ello, es posible indagar qué aspectos universales del cotidiano se particularizan en el escenario de la intervención profesional del trabajador social. Es decir, mediante la comprensión de los aspectos centrales del cotidiano y cómo estos se presentan en el accionar profesional, puede indagarse cuáles son las implicancias teóricas y políticas de una intervención profesional que se limita a este nivel inmediato y dado de la realidad social.

En un segundo momento, el trabajo introduce algunas categorías teóricas centrales para iniciar un proceso de crítica y "suspensión" del cotidiano, para captar en ella sus determinaciones y volverlas un concreto conocido. Esta perspectiva teórico-metodológica, que reproduce en el plano de la conciencia el movimiento de la realidad, busca mediante sucesivas aproximaciones, aprender las mediaciones de lo particular, develando el escenario institucional como una "síntesis de múltiples determinaciones". Para ello, se recuperan tres dimensiones (socio-institucional, sub determinante popular y ético-político) que contribuyan a generar un posicionamiento profesional teórico y político fundado, y que apunten a construir intervenciones profesionales situadas.

Finalmente, debe advertirse que estas reflexiones no son un producto acabado, por el contrario, son algunas síntesis iniciales de un proceso investigativo que busca captar las particularidades del cotidiano profesional, y cómo a partir de él es posible construir estrategias de intervención profesional críticas.

1. El cotidiano y sus formas

Analizar las mediaciones existentes entre la vida cotidiana y la intervención profesional del trabajador social requiere inicialmente reconocer cuáles son las determinaciones fundamentales del cotidiano y qué formas adopta dentro del modo de producción capitalista.

Heller (1987), recuperando los aportes de Lukács, ha señalado que la vida cotidiana es el ámbito de la vida del hombre y, por ende, es una determinación insuprimible de la vida social. Es decir, sin cotidiano no hay posibilidades de existencia y desarrollo del hombre y la sociedad y, al mismo tiempo, el hombre y la sociedad -y por ende el cotidiano- adoptan formas particulares según el momento histórico y la clase social a la que se pertenezca. En referencia a ello,

Netto recalca que "...la estructura de la vida cotidiana es distinta en referencia a su ámbito, a sus ritmos y regularidades y a los comportamientos diferenciados de los sujetos colectivos" (1994:66).

Por lo tanto, esta mediación existente entre el hombre y la sociedad con el cotidiano, supone que este último no se encuentra por fuera de la historia, sino que es el "centro del acontecer histórico: es la verdadera 'esencia' de la sustancia social"¹ (Heller, 1987:42). Es decir, en el cotidiano los hombres particulares desarrollan su historia individual y la historia general, mediante un conjunto de acciones dirigidas a garantizar de modo inmediato la reproducción individual que, a su vez, posibilitan la reproducción social en su conjunto². Los hombres singulares reproducen su vida de modo diferente respecto a sus semejantes, pese a que todos ellos forman parte de la división social del trabajo. Acciones concretas como, por ejemplo, la alimentación, la vestimenta, sólo son idénticas en planos elevadamente abstractos. Este proceso, a partir del cual el hombre se apropia de las condiciones sociales concretas que le permiten reproducirse, se realiza en diversos ámbitos, debiendo actuar acorde a cada uno de ellos.

Esto significa que el hombre se objetiva de diversas maneras -siendo el trabajo la objetivación fundamental- y esas objetivaciones constituyen el mundo humano, su entorno, su cotidiano, del mismo modo en que el hombre los produce, éstos actúan sobre el propio hombre, modificándolo³.

Habiendo reconocido que el cotidiano es un ámbito esencial de la vida humana y el escenario en el cual se desarrolla la historia y el proceso de producción y reproducción individual y social, Heller subraya que "La vida cotidiana es la vida del hombre entero, o sea: el hombre participa en la vida cotidiana con todos los aspectos de su individualidad, de su personalidad. En ella se 'ponen en obra' todos sus sentidos, todas sus capacidades intelectuales, sus habilidades manipulativas, sus sentimientos, sus pasiones, ideas, ideologías. La circunstancia de que todas sus capacidades se ponen en obra determina también, como es natural, el que ninguna de ellas pueda actuarse, ni con mucho, con toda su intensidad" (1987:39).

1 Kosik, al analizar aquellas tendencias teóricas que presentan a la historia y a la vida cotidiana como entes aislados y separado entre sí señala: "*Separada de la Historia se vacía la cotidianeidad y queda reducida a una absurda inmutabilidad, mientras que la Historia separada de la cotidianeidad se convierte en un coloso absurdamente impotente, que irrumpe como una catástrofe sobre la cotidianeidad, sin poder modificarla, es decir, sin poder eliminar su banalidad y darle contenido*" (1965:97).

2 Como recalca Brant Carvalho "*La vida cotidiana es el conjunto de actividades que caracteriza la reproducción de los hombres singulares que, a su vez, crean la posibilidad de reproducción social...en la vida cotidiana, el individuo se reproduce directamente en cuanto individuo y reproduce indirectamente la totalidad social*" (1994:26).

3 En el capítulo V de *El Capital*, Marx (2002) recalca como el acto del trabajo supone no sólo una transformación de la naturaleza a partir del accionar conciente y voluntario del hombre, sino también la transformación de la propia naturaleza del hombre. Al adquirir nuevas objetivaciones, productos del trabajo, el individuo adquirió nuevas habilidades y conocimientos que abren la posibilidad de nuevos actos teleológicos y la resolución de nuevas necesidades.

Este carácter extensivo de la vida cotidiana, supone que el hombre responde de modo casi automático y mecánico a una serie de acciones de diversa naturaleza, como una sucesión lineal y repetitiva de acciones que se le presentan a diario, que en el "pensamiento común" aparece como la rutina. Netto (1994) añadirá a esta extensividad -que llamará de superficialidad extensiva- dos determinaciones más en el cotidiano:

a) La **heterogeneidad**⁴: donde coexisten distintas actividades en las que el hombre se objetiva y dirige su atención a demandas muy diferentes entre sí, en el intento de resolverlas;

b) La **inmediaticidad**: frente a las múltiples demandas del cotidiano, se responde activamente, produciéndose una relación directa entre pensamiento y acción;

c) La **superficialidad extensiva**: la modalidad de respuesta frente a estas demandas de distinta naturaleza -que son amplias, difusas e inmediatas- es de carácter superficial, ya que la prioridad es responder a la extensividad de las mismas.

Estas determinaciones permiten comprender que en la cotidianeidad predomina una relación pragmática, espontánea e inmediata entre el hombre y la sociedad, entre el pensamiento y la acción. Sin embargo, como apunta Heller, estas determinaciones son parte del cotidiano, ya que "...si nos pusiéramos a reflexionar sobre el contenido de verdad material o formal de cada una de nuestras formas de actividad, no podríamos realizar ni siquiera una fracción de las actividades cotidianas imprescindibles y se imposibilitarían la producción y reproducción de la vida de la sociedad humana" (1987:55).

La vida cotidiana, considerada por los hombres como el ámbito en el que se desenvuelven con mayor naturalidad y familiaridad, es en realidad un ámbito en el que se desconocen los nexos causales y las determinaciones presentes en cada acto cotidiano. Es por ello que Kosik va a afirmar que la cotidianeidad es el mundo de la pseudo concreción, donde el saber que se genera a partir del cotidiano, es un conocimiento práctico-mental⁵ en el que "los fenómenos y las formas fenoménicas de las cosas se reproducen en el pensamiento cotidiano como realidad (la realidad misma) pero no porque sean más superficiales y estén más

4 Como recalca Heller, la heterogeneidad es jerárquica al mismo tiempo, siendo ésta la que adquiere rasgos históricos concretos, "Así, por ejemplo, en los tiempos prehistóricos el trabajo fue dominante en esa jerarquía... toda la vida cotidiana se constituía en torno a la organización del trabajo... en cambio, para la población libre del Ática del siglo V antes de nuestra era ocupaban el lugar central de la vida cotidiana la actividad social, la contemplación, el entretenimiento... y las demás formas de actividad se agrupaban en torno a éstas en una gradación jerárquica" (1987:40).

5 El conocimiento práctico-mental es aquel que le permite a los hombres moverse en el ámbito cotidiano de su vida, pero es un conocimiento que no conoce los movimientos, fundamentos y relaciones que subyacen en él. Kosik plantea un ejemplo concreto al decir que "Los hombres usan el dinero y realizan con él las transacciones más complicadas sin saber ni estar obligados a saber qué es el dinero" (1965:26).

cerca del conocimiento sensible, sino porque el aspecto fenoménico de la cosa es un producto espontáneo de la práctica cotidiana” (1965:32).

El conocimiento práctico-mental es un conocimiento que capta los aspectos superficiales de los fenómenos sociales y le permiten al hombre actuar de modo inmediato sobre la realidad⁶. Tanto Kosik (1965) como Heller (1987) van a enfatizar que estos trazos del cotidiano y el conocimiento que se deriva de él, que se limita a la aprehensión de la “cosa en sí”, es decir, a los lazos externos y fenoménicos, asumen bajo determinadas condiciones históricas concretas, la construcción de imágenes ideológicas de la realidad, que profundizan la fragmentación y la reproducción de la relación social general.

Estas situaciones concretas refieren al modo de producción capitalista, que no es más que un modo particular en el que el hombre organiza el proceso de metabolismo social y cuya finalidad no es la producción de valores de uso social, sino la producción de plusvalía. Siendo el trabajo organizado de modo privado e independiente, la relación social general toma la forma de relaciones entre personificaciones abstractamente libres e iguales -las relaciones de ciudadanía-, que tienen por contenido las relaciones de explotación de una clase por otra, es decir, la explotación de la clase capitalista sobre la clase trabajadora. Esto genera la alienación del proceso y del producto del trabajo (Marx, 1962), no sólo porque en el caso de la clase trabajadora su proceso y producto del trabajo pertenecen a otra personificación, sino también porque cada individuo, en cuanto personificación de la mercancía, debe probar -mediante el acto de venta- la participación en la relación social general. De allí, la relación social general se presenta como relación entre cosas (Marx, 2002) y como fuerzas extrañas que el hombre no puede dominar.

El modo en que se desarrolla la relación social general, donde las mercancías asumen el control de los hombres, producto del carácter indirecto del trabajo social, generan procesos de alienación y cosificación de las relaciones sociales, que en el cotidiano se reproducen y naturalizan. Es por ello que la inversión existente en la vida del hombre, producto del modo en que se encuentra organizada su praxis fundamental (el trabajo), causa que los hombres singulares sólo se apropien de algunos aspectos de las capacidades genéricas del momento histórico, y ante otras se presentan como entes extraños. En ese sentido, Heller afirma que “la vida cotidiana es, de todas las esferas de la realidad, la que más se presta a la extrañación. Por causa de la co-presencia ‘muda’, en-sí, de par-

6 Heller (1987) va a reconocer que este conocimiento práctico-mental actúa a partir de la *probabilidad* entre la acción y la consecuencia, sin reconocer a ciencia cierta la consecuencia real de dicha acción. De igual modo, otro rasgo característico es la *ultrageneralización* de las situaciones singulares, para actuar con relativa rapidez sobre los actos cotidianos, así como la *analogía*, que clasifica los hechos por tipos para orientar la acción. Otros rasgos del saber cotidiano son los *precedentes*, que buscan rescatar el accionar de otros individuos frente a situaciones similares, y la *entonación*, que hace a la configuración de la propia actividad y pensamientos, y la comunicación con otros sujetos.

ticularidad y especificidad⁷, la actividad cotidiana puede ser actividad específica no-consciente, aunque sus motivos sean, como normalmente lo son, efímeros y particulares. En la cotidianeidad parece 'natural' la disgregación, la separación de ser y esencia. En la co-presencia y sucesión heterogéneas de las actividades cotidianas no tiene por qué revelarse ninguna individualidad unitaria; el hombre agotado por y en sus 'roles' puede orientarse en la cotidianeidad con sólo cumplir adecuadamente con ellos" (1987:65).

Esta proximidad entre la alienación y el cotidiano -que no es intrínseca por naturaleza- se profundiza con la separación entre el hombre singular y lo humano genérico. Como recalca Heller, "el individuo (la individualidad) contiene tanto la particularidad cuanto lo específico que funciona consciente e inconscientemente en el hombre. Pero el individuo es un ser singular que se encuentra en relación con su propia particularidad y con su propia especificidad; y en él se hacen conscientes ambos elementos" (1987:45). En el cotidiano, lo humano-genérico se encuentra subsumido a lo singular, ocultando esta dimensión.

Esta separación que se produce en el cotidiano, que se agudiza con la alienación, no asume un carácter absoluto, sino que existen algunos márgenes en los cuales es posible la mediación entre lo singular y lo humano-genérico. Esto supone el pasaje del "hombre entero" -que mediante sus objetivaciones actúa en el cotidiano desde su singularidad- a lo "enteramente humano", superando la singularidad y en donde todas las fuerzas del hombre se dirigen a una "objetivación duradera", suspendiendo la heterogeneidad⁸. Como indica Brant Carvalho, "en esta suspensión, la singularidad, se conoce como partícipe de la universalidad (totalidad). El individuo siente, temporalmente, la plenitud existencial, la plenitud de comunión consigo mismo, con los hombres y con el mundo" (1994:28).

La suspensión del cotidiano es posible mediante el trabajo creador, la ciencia, el arte, la moral y la política. Esta suspensión no puede ser permanente, sino que el individuo retorna al cotidiano, pero ahora se enfrenta a un "nuevo cotidiano", ya que lo conoce en sus determinaciones y puede buscar transformarlo.

Sin esta suspensión, no es posible captar las mediaciones entre el cotidiano y los procesos más amplios de la vida social, superando el proceso de cosifica-

7 A diferencia de la traducción hecha en portugués de esta obra (O Cotidiano e a História), a cargo de Carlos Nelson Coutinho, en la que refiere a la mediación entre lo singular y lo universal (o humano-genérico), el texto traducido al castellano, "Historia y vida cotidiana" a cargo de Manuel Sacristán, refiere a la particularidad como la dimensión singular, y a la especificidad como la dimensión humano-genérica. Esta aclaración -en la medida que se retoma la terminología empleada por la traducción en portugués, por su mayor fidelidad a la tradición lukácsiana- es válida para el resto de las citaciones hechas del texto en español en que aparezcan ambas categorías.

8 En los términos estrictos de Heller, "El medio de la abolición-superación parcial o total de la particularidad, de su arranque de la cotidianeidad, y su ascenso a lo específico, es la homogenización... (que) Significa, por un parte, que concentramos toda nuestra atención sobre una sola cuestión y "suspendemos" cualquier otra actividad durante la satisfacción de la anterior tarea; y, por otra parte, que aplicamos nuestra entera individualidad humana a la resolución de esa tarea" (1987:52).

ción de las relaciones sociales (Lukács, 2002a), que tiene por punto de partida la alienación del trabajo, que se extiende a los diversos complejos sociales que actúan en la reproducción. En el cotidiano, prevalecen las capas externas de los procesos esenciales, la praxis del hombre como praxis fetichizada y los objetos se vuelven inmutables, es decir, se naturaliza la realidad social.

Por lo tanto, es posible afirmar que en el modo de producción capitalista, el cotidiano es el ámbito privilegiado en el que se reproduce la alienación y cosificación de las relaciones sociales, se ocasiona una repetición acrítica de los valores, producto de la unidad inmediata entre pensamiento y acción.

Estos rasgos particulares que asume la vida cotidiana en el capitalismo, no deja exento al ámbito cotidiano en el que se desarrolla la intervención profesional del trabajador social. En él, se presentan una heterogeneidad de situaciones bajo la forma de demandas que requieren de respuestas, y dichas respuestas asumen un carácter extensivo, producto de la multiplicidad de acciones que el profesional atiende a diario. Es decir, aquellas determinaciones de la heterogeneidad y la superficialidad extensiva se presentan en el cotidiano profesional, mientras que la inmediaticidad se expresa en el accionar instrumental-operativo dirigido a atender las demandas de trabajo de forma fragmentaria.

Históricamente, el trabajo social ha sido uno de los elementos que participa en la reproducción de las relaciones sociales de clase, mediante el accionar del Estado sobre las refracciones de la “cuestión social”⁹ (Iamamoto, 1992). Reconociendo el significado social de la profesión, Guerra (2007a) señala que esta instrumentalidad de la profesión¹⁰ se expresa en las funciones asignadas, ligadas a la ejecución y operativización de las políticas sociales, en el horizonte del accionar profesional, actuando desde el cotidiano en las condiciones objetivas y subjetivas de las clases subalternas y las modalidades interventivas, que demandan una atención inmediata y segmentada de los problemas sociales¹¹.

9 Es decir, el trabajo profesional del trabajador social es contradictorio, ya que “Participa tanto de los mecanismos de dominación y explotación como también, al mismo tiempo y por la misma actividad, da respuestas a las necesidades de sobrevivencia de las clases trabajadoras y de la reproducción del antagonismo en esos intereses sociales, reforzando las contradicciones que constituyen el móvil básico de la historia. Es a partir de esa comprensión que se puede establecer una estrategia profesional y política para fortalecer las metas del capital o del trabajo, pero no se puede excluirlas del contexto de la práctica profesional ya que las clases sólo existen inter-relacionadas” (Iamamoto, 1992:89).

10 La instrumentalidad no refiere a las técnicas ni los instrumentos operativos con los que cuenta cada profesional, sino al papel y la funcionalidad que ocupa la profesión dentro del modo de producción capitalista, siendo un medio o instrumento para alcanzar un determinado fin u objetivo social.

11 Según Guerra “En los tres casos se privilegian las respuestas manipuladoras, fragmentarias, inmediatistas, aisladas, individuales, tratadas en sus expresiones/apariencias (y no en las determinaciones fundacionales), cuyo criterio es la promoción de una alteración en el contexto empírico, en los procesos segmentados y superficiales de la realidad social, cuyo parámetro de competencia es la eficacia según la racionalidad burguesa. Son operaciones realizadas por acciones instrumentales, son respuestas operativo-instrumentales en las que impera una relación directa entre pensamiento y acción, y una ruptura entre medios (valores e instrumental técnico) y fines. Abstraídas de mediaciones subjetivas y universalizantes (referenciales teóricos, éticos, políticos, socio-profesionales, tales como los valores

Es decir, el cotidiano del ejercicio profesional está signado por una serie de “problemas sociales”, que demandan una atención por parte de las instituciones, ámbito en el que se encuentra inserto el profesional laboralmente. Esta demanda institucional se caracteriza por su inmediatez, ya que se presenta bajo la forma de un “problema social” de un individuo o grupo social, y un conjunto de objetivos y medios que el profesional debe utilizar para resolver. Es por ello que Guerra (2007a) afirma que en el cotidiano predominan demandas instrumentales, que exigen del profesional un accionar inmediato, capaz de resolver las múltiples situaciones que se le presentan.

Por lo tanto, lo que le aparece al profesional en su intervención, son demandas atravesadas por las determinaciones propias del cotidiano, dadas por la superficialidad extensiva, la heterogeneidad y la inmediatez. Esto exige del profesional un proceso de superación de la pseudo concreción, que le permita captar las determinaciones presentes en la intervención profesional.

Para ello, es necesario incorporar una dimensión investigativa (Iamamoto, 2003), que no sólo rompa con el pensamiento práctico-mental, sino también con aquellas posiciones teóricas que en sus explicaciones quedan aprisionadas en apariencias ideológicas, sin captar el significado y las conexiones existentes entre los fenómenos sociales. Sólo de este modo es posible construir estrategias de intervención situadas, que logren captar el significado social de la profesión -su lugar en la división social y técnica del trabajo- y las tensiones particulares presentes en el ámbito de trabajo, que se presentan como “problemas sociales” inconexos entre sí.

Este proceso investigativo debe reconstruir las determinaciones concretas presentes en el cotidiano -en sus diferentes dimensiones, institucional, profesional y de los sujetos demandantes- para a partir de ello acentuar la direccionalidad estratégica de la intervención profesional.

En ese sentido, la teleología, que se encuentra presente en todo acto de trabajo¹², supone la previa ideación en el plano de la conciencia de la finalidad a alcanzar. Mediante este proceso teleológico, se escoge aquella alternativa más acorde para la consecución de la finalidad en la práctica (Lukács, 2004). Este proceso, que se encuentra en todo trabajo creador -que permite la mediación entre lo singular y lo humano genérico- se encuentra recortado de la faz del trabajo

colectivos), estas respuestas tienden a que se perciban las situaciones sociales como problemáticas individuales (por ejemplo, el caso individual, la situación existencial problematizada, las problemáticas de orden moral y/o personal, las patologías individuales, etc.)” (2007a:260).

12 Como recalca Marx “Una araña ejecuta operaciones que recuerdan las del tejedor, y una abeja avergonzaría, por la construcción de las celdillas de su panal, a más de un maestro albañil. Pero lo que distingue ventajosamente al peor maestro albañil de la mejor abeja es que el primero ha modelado la celdilla en su cabeza antes de construirla en la cera. Al consumarse el proceso de trabajo surge un resultado que antes del comienzo de aquél ya existía en la imaginación del obrero, o sea idealmente” (Marx, 2002:216).

asalariado en la medida que el acto teleológico es determinado por una personificación distinta al que va a aplicar el gasto de fuerza de trabajo para transformar la naturaleza y generar una mercancía¹³.

El carácter asalariado del trabajador social ocasiona que el profesional tenga que responder a las exigencias de quien lo contrate, determinando hasta cierto límite la finalidad de su intervención. Sin embargo, el proceso teleológico de reconstrucción de las determinaciones presentes en el escenario interventivo, es algo esencial, en la medida que permite captar las posibilidades y los límites presentes de la intervención profesional, trascendiendo lo determinado institucionalmente. Como recalca Lessa (2000), la anticipación en el plano de la conciencia del resultado, supone la selección de aquellas alternativas que se consideren mejores y que permitan luego objetivarla en la práctica.

En esa línea, el acto teleológico implica una ruptura entre la inmediaticidad entre pensamiento y acción -predominante en el cotidiano- y supone el análisis de la dinámica organizacional, de los posicionamientos asumidos por los distintos sujetos, tanto en su dimensión objetiva como subjetiva.

En síntesis, la intervención profesional se realiza en el marco de la atención de diversas situaciones de la vida cotidiana de amplios segmentos de la población, situaciones que demandan del profesional la construcción de estrategias de intervención que partan de la reconstrucción analítica de los problemas sociales, reconociendo en ellas las determinaciones que le otorgan significado social e histórico, como expresiones de la "cuestión social" y frente a los cuales la institución en la cual el profesional se encuentra inserto, adopta una modalidad particular de atención. Como señala Guerra, "...se hace necesario para el profesional que, por la vía del conocimiento teórico, por la elección consciente de valores universales, por la dirección política que atribuye a su práctica y por una postura renovada y calificada, trascienda la mera cotidianeidad para alcanzar el escalón del ejercicio crítico, competente y comprometido" (2007a:258).

13 Lessa afirma que la "transformación del trabajo provoca una ruptura en su propio interior. Antes, el trabajo expresaba la previa ideación del trabajador. Ahora, el trabajador ejecuta las órdenes (previas ideaciones) de su patrón. El acto del trabajo deja de ser algo que, de inicio al fin, expresaba una determinada necesidad (...) una determinada elección (...) de un individuo determinado, para ser expresión de una elección hecha por un individuo y llevada a práctica por otro, con la finalidad de dar ganancias al patrón que no trabajó. Y el trabajador que ejecuta la orden del capitalista lo realiza como resultado de una coacción: la única forma del trabajador para sobrevivir bajo el capital es vender su fuerza de trabajo, a cambio de un salario, al burgués" (2000:10).

2. Mediaciones e intervención profesional: de lo caótico a las múltiples determinaciones

Luego de plantear las determinaciones esenciales del cotidiano, y cómo éste se manifiesta en la intervención profesional del trabajador social, se pretende avanzar en el proceso por el cual el profesional puede desarrollar una intervención situada, mediante estrategias de intervención que logren superar el nivel de lo inmediato, resignificando la demanda institucional.

En esa línea, Netto (1994) advierte que los profesionales que actúan desde la intervención profesional sobre la cotidianeidad de las clases subalternas, necesariamente deben realizar una crítica de la misma, para superar la pseudo concreción de los fenómenos sociales que se le presentan bajo la forma de problemas sociales. Por lo tanto, este apartado plantea una doble necesidad, por un lado, avanzar en una perspectiva teórico-metodológica y en un arsenal categorial que permita realizar la crítica de la vida cotidiana, por el otro, incorporar algunas dimensiones concretas de análisis en torno al cotidiano del ejercicio profesional.

El tratamiento de la vida cotidiana demanda del profesional un proceso de negatividad -que en términos de Heller (1987) refiere a la suspensión del cotidiano-, en el cual aquello que se presenta como dado, autodeterminado y naturalizado sea destruido, desgarrando la aparente autonomía del "fragmento". Es por ello que la razón dialéctica plantea la crítica de lo aparente en la vida cotidiana, para descubrir la estructura interna, esencial de los procesos sociales, ya que en su inmediatez los fenómenos sociales no exhiben su carácter mediato, de ser parte de un todo más amplio que lo contiene, sino que se presenta como un elemento deshistorizado y autodeterminado.

Desde esta perspectiva teórica, los hechos singulares y aislados presentes en el cotidiano, demandan un proceso de reconstrucción basado en sucesivas mediaciones, captándolos como partes de una totalidad más amplia que la contiene¹⁴. Como recalca Kosik, cada fenómeno social -en cuanto parte- se caracteriza, "de un lado, por definirse a sí mismo y, de otro lado, definir al conjunto; ser simultáneamente productor y producto; ser determinante y, a la vez, determinado; ser revelador y, a un tiempo, descifrarse a sí mismo; adquirir su propio auténtico significado y conferir sentido a algo distinto. Esta interdependencia y mediación de la parte y del todo significa al mismo tiempo que los hechos aislados son abstracciones, elementos artificialmente separados del conjunto, que únicamente mediante su acoplamiento al conjunto correspondiente adquieren veracidad y concreción" (1965:61).

14 Como refiere Lukács "...todo elemento, toda parte es siempre un todo, un "elemento" es siempre un complejo con propiedades específicas, concretas, cualitativas" (2007:92). Es decir, las partes del todo, son complejos sociales contenidos por otros complejos sociales más universales.

Esto implica que cada situación concreta, necesariamente remite a múltiples determinaciones y mediaciones con otros procesos más amplios. De allí, la superación de la cotidianidad remite a una visión de totalidad, en la que el “todo no es la suma de las partes”, ni el “todo es más que las partes” (Kosik, 1965), sino que la realidad es una totalidad, y por ende es una totalidad concreta, un “complejo de complejos”¹⁵.

Lo real se constituye en una totalidad concreta en permanente devenir, cuyo movimiento adquiere la forma de una unidad de contrarios. Es por ello que Kosik afirma que la “totalidad significa: realidad como un todo estructurado y dialéctico, en el cual puede ser comprendido racionalmente cualquier hecho (clases de hechos, conjuntos de hechos). Los hechos son conocimiento de la realidad si son comprendidos como hechos de un todo dialéctico, esto es, si no son átomos inmutables, indivisibles e inderivables, cuya conjunción constituye la realidad, sino que son concebidos como partes estructurales del todo (...) Sin la comprensión de que la realidad es totalidad concreta que se convierte en estructura significativa para cada hecho o conjunto de hechos, el conocimiento de la realidad concreta no pasa de ser algo místico, o la incognoscible cosa en sí” (1965:56-57).

Si la perspectiva de totalidad adquiere status ontológico en detrimento de criterios epistemológicos o metodológicos, la aprehensión de la realidad se realiza mediante sucesivas aproximaciones, a partir de mediaciones que capten el movimiento de génesis y estructura de lo real. Las mediaciones son categorías ontológico-reflexivas¹⁶, ya que existen objetivamente en la realidad y son reflexivas, porque la conciencia del hombre hace un esfuerzo para reproducirlas en un plano ideal.

Las mediaciones entre lo singular, lo particular y lo universal permiten captar las articulaciones y movimientos entre las partes y el todo. Al referirse a este proceso ontológico-reflexivo, Lukács señala que “la ciencia auténtica toma de la realidad misma las condiciones estructurales y sus transformaciones históricas, y cuando formula leyes éstas abrazan sin duda la universalidad del proceso, pero de tal modo que puede siempre descender desde esa legalidad hasta los hechos singulares de la vida, aunque, ciertamente, ello ocurra a menudo a través de muchas mediaciones. Esta es precisamente la dialéctica, concretamente realizada, de lo universal, lo particular y lo singular” (2002b:84).

Lo singular se constituye como el nivel de existencia inmediata; la expresión “en sí” de los hechos sociales; es decir, se presenta como una totalidad caótica.

15 Lessa (2007) señala que el carácter universal del ser se produce de la unidad de tres esferas ontológicas: el mundo inorgánico, el mundo orgánico y el mundo del hombre. Estas tres esferas si bien tienen una autonomía relativa en el desarrollo de las mismas, los cambios producidos en las esferas necesariamente impactan en las otras.

16 Las mediaciones son ontológicas; ya que son “expresiones históricas de las relaciones que el hombre edificó con la naturaleza y consecuentemente de las relaciones sociales de ahí derivadas, en las varias formaciones socio-históricas que la historia registró” (Pontes, 1995:78).

Mientras que lo universal se constituye como las leyes de tendencia (legalidad social) existentes en un complejo social¹⁷. En la dialéctica de lo singular y lo universal se encuentra la clave para conocer el modo de ser del ser social: lo particular. Lo particular representa un campo entero de mediaciones que “representa frente a lo singular una relativa universalidad, y una relativa singularidad respecto de lo universal (...) En la particularidad, en la determinación, en la especificación, se esconde, pues, un elemento de crítica, de ulterior y más concreta determinación crítica de un fenómeno o de una legalidad. Es una concretización crítica mediante el descubrimiento de las mediaciones reales hacia arriba y hacia abajo en las relaciones dialécticas de lo universal y singular” (Lukács, 2002b:108).

La categoría particular permite comprender la mediación entre hombres singulares y la sociedad, donde se supera la inmediatez y el “aislamiento” del hombre singular como un simple átomo, al mismo tiempo que las leyes tendenciales que actúan a nivel universal de la sociedad (como la relación capital-trabajo; el papel del Estado, etc.) cobran formas particulares. A decir de Lukács, “[la singularidad] de una tal situación no puede llevarse a claridad teórica, ni por tanto a aprovechamiento práctico, sino mostrando cómo las leyes generales se especifican en el caso dado (lo particular) y que esa situación única, que por principio no se repetirá en esa forma, puede ser concebida en la total interacción de las leyes generales y particulares conocidas” (Lukács, 2002b:98).

En síntesis, las mediaciones aprenden las particularidades de los fenómenos sociales, sin que éstos pierdan su carácter singular y universal, sino que en esa relación se captan las determinaciones de los fenómenos sociales. De allí el carácter superador del método dialéctico, que busca reproducir en el nivel de la conciencia el movimiento de la realidad, a partir de las mediaciones entre lo singular, lo universal y lo particular y, a partir de ello, superar la inmediatez de la vida cotidiana y encontrar la razón de ser de los problemas sociales que se le presentan al profesional, dentro de una dinámica más amplia y contradictoria.

Mediante sucesivas aproximaciones, el profesional puede resignificar la demanda institucional, mediándola con complejos sociales más amplios que la determinan, y en cuya interrelación adquiere sentido y significado. Es decir, con este proceso intelectual, el profesional niega la inmediatez, reconstruyendo la demanda institucional, reconociendo en ella el por qué, el para qué y el cómo de los hechos y procesos sociales. Como recalca Guerra, “...lo que es necesario que se aprenda es la manera como se expresan en este cotidiano las determinaciones más amplias de la vida social, la lógica del mercado, la alienación y reificación de

17 Lukács señala que “Marx contempla la universalidad como una abstracción realizada por la realidad misma, que sólo se convierte en pensamiento correcto cuando la ciencia reproduce adecuadamente la evolución viva de la realidad en su movimiento, en su complicación, en sus verdaderas proporciones. Pero si el reflejo debe responder a esos criterios, tiene que ser al mismo tiempo histórico y sistemático, es decir, tiene que llevar el concepto al movimiento concreto” (2002b:83).

las relaciones sociales, la explotación y los antagonismos de interés del capital y del trabajo. Solamente la percepción de este movimiento, es lo que permite que el profesional aprehenda sus demandas profesionales, ya que ellas son la expresión del antagonismo de intereses de clases” (2007a:263).

Captar la demanda institucional con sus conexiones ontológicas, implica asumir una perspectiva de totalidad, en el que la dinámica contradictoria del capitalismo -el modo de producción-reproducción basado en una relación social antagónica y de clase- se hace presente en la intervención profesional. Así, el nivel de lo particular supone “que las leyes tendenciales, que son capturadas por la razón en la esfera de la universalidad, como las leyes del mercado, relaciones políticas de dominación etc., actúan como si tomaran vida, se objetivasen y se hiciesen presentes en la realidad singular de las relaciones sociales cotidianas, desingularizándolas y transformando lo que era universal en particular, sin perder su carácter de universal ni su dimensión de singularidad” (Pontes, 2003:216).

Por lo tanto, esta perspectiva teórico-metodológica busca reconstruir las determinaciones del ejercicio profesional, captando su particularidad, como un campo entero de mediaciones entre lo singular y lo universal. Para ello, el profesional debe incorporar una dimensión teleológica, que le permita plantear las finalidades de la intervención profesional así como también los medios para alcanzarlas. Con lo cual, es esencial una dimensión investigativa¹⁸ de los medios disponibles, para seleccionar entre ellos aquellos más acordes para la realización de la finalidad.

Esto significa que la teleología es un momento que antecede y dirige a la acción, permitiéndola direccionar y orientar. Mediante este acto teleológico, las consecuencias del accionar son anticipadas y evaluadas en la conciencia, idealizando el resultado a alcanzar¹⁹.

Es decir, este proceso requiere de captar cuáles son las determinaciones del ámbito profesional en el cual se encuentra inserto el profesional, aprendiéndolo en su mediación con la totalidad y la interrelación con los demás elementos del contexto. Esto implica pensar la práctica profesional como un *continuum* de momentos y dimensiones, integrados entre sí.

La primera dimensión es la *socio-institucional* (Mallardi 2004; Gianna y Mallardi, 2011), que permite comprender los nexos causales entre la posición adoptada por el Estado para atender las manifestaciones de la “cuestión social” mediante las políticas sociales, y la particularidad que asume dentro de la dinámica insti-

18 Según Lukács, “...la investigación tiene, en ello, una doble función: por un lado, revela lo que se halla presente en sí en los objetos en cuestión, independientemente de toda conciencia; por otro, descubre en los objetos nuevas combinaciones, nuevas posibilidades de función, a través de cuya puesta en movimiento puede únicamente ser realizado el fin teleológicamente puesto” (2004:70).

19 Como ya se recalcó en el punto anterior, esta dimensión teleológica se encuentra recortada en los trabajadores asalariados, ya que la finalidad es predeterminada por los empleadores de esa fuerza de trabajo.

tucional, a partir de la configuración de la demanda institucional y los recursos movilizados para ello.

El decir, el profesional debe partir de reconocer que la "...intervención estatal sobre la 'cuestión social' se realiza fragmentándola y parcializándola" (Netto, 1997:22), de modo tal que se borra la génesis y la causa fundamental de los problemas sociales -la explotación de la fuerza de trabajo y la relación antagónica entre capital y trabajo- y, al mismo tiempo, el tipo de respuesta estatal se basa en la pulverización y atomización de las demandas realizadas por las clases subalternas, de modo tal de actuar sobre una especie de "caleidoscopio" -múltiple y fragmentario- de problemas sociales. Junto a ello, como advierte Netto (1997), la intervención estatal sobre las manifestaciones de la "cuestión social", incluyen la "psicologización" de la misma, de manera de ubicar en la esfera individual y privada las causas reales de los problemas sociales.

Estas determinaciones genéricas en torno al accionar estatal sobre las manifestaciones de la "cuestión social", demandan del profesional capacidad teórica y analítica para captar sus rasgos procesuales e históricos en cada momento particular. En ese sentido, la intervención estatal debe ser aprendida a partir de la mediación y el análisis de las clases subalternas, que con sus luchas y acciones, tanto individuales como colectivas, impactan en la configuración que adopta el accionar estatal²⁰. Como afirma Iamamoto, "las condiciones que peculiarizan el ejercicio profesional son una concretización de la dinámica de las relaciones sociales vigentes en la sociedad, en determinadas coyunturas históricas. Como las clases sociales fundamentales y sus personajes sólo existen en relación, por la mutua mediación entre ellas, la actuación del Asistente Social es necesariamente polarizada por los intereses de tales clases, tendiendo a ser cooptada por aquellos que tienen una posición dominante" (1992:89).

En ese sentido, Mallardi (2004) afirma que estas determinaciones, que parecieran alejadas del ámbito concreto de la intervención profesional, se hacen presentes en el accionar diario del profesional, siendo elementos sobredeterminantes de la intervención profesional del trabajador social. De allí que el espacio institucional no pueda ser considerado como un ámbito homogéneo ni "neutral", sino atravesado por la contradictoriedad de intereses antagónicos de las clases sociales fundamentales.

20 Como advierte Vieira, "No ha existido política social desvinculada de los reclamos populares. En general, el Estado acaba asumiendo algunas de estas reivindicaciones en el transcurso de su existencia histórica. Los derechos sociales significan, en primer lugar, la consagración jurídica de reivindicaciones de los trabajadores. No significan la consagración de todas las reivindicaciones populares, sino de aquello que es aceptable para el grupo dirigente del momento. Levantar las banderas de la clase obrera, incluso cuando eso configure mejoras en las condiciones humanas, muestra también la necesidad de mantener la dominación política" (1999:34).

A partir de estas consideraciones en torno a la dimensión socio-institucional, se pretende incluir algunos ejes²¹ que faciliten el análisis de la misma.

En primer lugar, es necesario delimitar el **área de intervención profesional**. Esto supone reconocer cuál es el campo de problemas sociales que el profesional atiende desde su intervención profesional. Los problemas sociales son el punto de partida desde el cual el profesional puede superar su carácter fenoménico y fragmentario, captándolos en su particularidad, en el modo concreto en que se expresa en la población usuaria con la que se trabaja, y qué formas asume el accionar institucional en su resolución.

En vinculación a ello, debe examinarse el **tipo de atención que establece el servicio social**, no sólo considerando los problemas sociales sobre los que interviene -ya sea un campo de problemas sociales (como salud, vivienda, etc.) o una heterogeneidad de situaciones (demanda espontánea)-, sino también la modalidad que adopta la intervención, si son acciones de asistencia, gestión y educación (Oliva, 2007).

Los **objetivos institucionales** remiten a la demanda institucional, cuyo sustrato común a todas ellas, es el accionar sobre la reproducción material y espiritual de las clases subalternas. Estos objetivos determinan en lo inmediato la finalidad del accionar profesional, por lo cual es fundamental su análisis, ya que determina el rol y las funciones atribuidas al profesional.

Otro de los ejes son los **marcos jurídicos de la intervención** profesional. Diversas manifestaciones de la "cuestión social" son atendidas por el Estado mediante algún tipo de institucionalización jurídica. Esta esfera de análisis, no sólo permite caracterizar el grado de concretización de los derechos sociales en la institución, sino que también el conocimiento y manejo de los mismos, son herramientas fundamentales a partir de las cuales el profesional puede exigir el cumplimiento de los derechos de la población particular con la que trabaja.

El análisis de los **recursos** es un eje fundamental dentro del análisis institucional. Los mismos son asequibles o no según las circunstancias particulares de la intervención profesional. De la caracterización de los recursos hecha por Oliva (2007) -entre los que se incluyen las prestaciones, los recursos de funcionamiento, los recursos escritos, los recursos visuales, el tiempo, los vínculos y los recursos profesionales-, dos elementos deben destacarse. En primer lugar, evitar una naturalización en torno a los recursos no asequibles, de modo de exigir a la institución la respuesta en torno a ellos; en segundo lugar, la consideración de que el acceso a los recursos por parte de la población usuaria, debe constituirse en una cuestión de derechos, que las instituciones públicas deben atender y que el profesional puede contribuir a su concreción.

21 Algunos de estos ejes son retomados de Mallardi (2010).

En relación a este último punto, se debe conocer la **cobertura** que la institución realiza en torno a los problemas sociales. A partir del proyecto societal del capital, que toma la forma del neoliberalismo, la cobertura no sólo fue fragmentada en mayor medida, sino que también se imponen criterios de accesibilidad a la población destinataria, según rasgos específicos que deba tener una porción de la población. Esto supone que el profesional pueda disponer de una mayor flexibilidad en los criterios impuestos, buscando modalidades de intervención que apunten a ampliar la cobertura y superar los límites impuestos por la institución.

Finalmente, debe contemplarse la **existencia de redes institucionales**. Estas son espacios en los cuales el profesional puede construir y, en caso de que existan, facilitar mecanismos colectivos de articulación y trabajo conjunto, coordinando actividades de diversa naturaleza, desde una derivación de una situación singular, o la cooperación entre organizaciones para desarrollar acciones conjuntas. Este eje de análisis permite al profesional contar con otros recursos que tal vez la institución no dispone y, en muchos casos, potenciar el desarrollo de la intervención profesional. Al hacer referencia a las instituciones, es indispensable no sólo pensar en aquellas de carácter estatal, sino también las organizaciones desarrolladas por las clases subalternas.

Estos ejes no tienen por finalidad presentar un listado único y exhaustivo, sino mostrar algunas coordenadas básicas que faciliten la aprehensión del escenario institucional. Es la propia dinámica del campo funcional-laboral en el cual se encuentra inserto el profesional, la que determinará la utilidad de estos ejes, o si son necesarios otros. También debe recalcarse que estos ejes adquieren un carácter histórico, y demandan del profesional un esfuerzo permanente por captarlos en su particularidad y como resultado de las disputas existentes tanto a nivel institucional como societal.

Una segunda dimensión, el subdeterminante popular, refiere a la capacidad objetiva que tienen las clases subalternas de interpelar las instancias hegemónicas que intervienen en la "cuestión social", haciéndola permeable a sus demandas y exigencias. Esta dimensión se vincula con la capacidad de presión de la población usuaria para incidir en los procesos de intervención, tanto institucional como profesional.

Es decir, esta dimensión no sólo refiere a las consideraciones teóricas que el profesional tenga en torno a los sujetos que demandan su intervención profesional, sino también "...las fuerzas objetivas que tenga al momento de presentarse frente al trabajador social y subdeterminar su práctica" (Mallardi, 2004:43).

Tanto la dimensión institucional como la dimensión subdeterminante popular, le permiten al profesional reconstruir el escenario institucional, como un escenario cargado de intereses antagónicos y contradictorios, compuesto por individuos que representan y encarnan intereses colectivos de clase. Es por ello que el conocimiento de este escenario y de sus cadenas causales, permiten al profesional orientar su intervención profesional de modo consciente y voluntario.

La reconstrucción intelectual del escenario institucional, debe permitir al profesional no sólo moverse y actuar en dicho escenario, sino también poder proponer acciones y alternativas a las instauradas en la institución. Para ello, resulta fundamental que el profesional sea capaz de sistematizar la información y los datos que va recogiendo de la población usuaria, disponiendo de una base estadística y de datos cualitativos que, al mismo tiempo, sean mediados por las leyes tendenciales de ese escenario particular.

También esta dimensión remite al análisis y caracterización de las organizaciones de las clases subalternas. Dicho proceso puede contribuir a que el profesional construya alianzas estratégicas con estos sectores, de modo tal de poder incidir de forma conjunta en la institución en la que se encuentra inserto, tanto por la vía de incorporar nuevas demandas que la institución debe resolver, como en una mayor autonomía relativa del profesional, ampliando sus posibilidades de acción en pos de la consecución de las demandas y los derechos de las clases subalternas.

Finalmente, la dimensión ético-política introduce la mediación entre la dimensión singular y lo humano-genérico, en relación a los valores éticos que sustentan el accionar singular y colectivo, así como la relación entre los medios y la finalidad de la intervención profesional²².

Es decir, esta dimensión permite romper con aquellas visiones asépticas o ingenuas, que plantean que en las prácticas sociales y en este caso particular, la intervención profesional, no incluyen intereses, valores y proyectos. De este modo, el accionar profesional del trabajador social, permanentemente pone en juego la direccionalidad de su intervención profesional, tensionada por los intereses antagónicos de las clases sociales. Tanto por reproducir los intereses de las clases dominantes como por responder a las demandas de las clases subalternas, el profesional, desde su opción política, puede direccionar su intervención, de modo tal de reforzar uno de los intereses antagónicos.

Esta dimensión asume dos niveles. El primero, de carácter colectivo, hace referencia al proyecto ético-político profesional, que marca una direccionalidad en torno a los valores éticos a los que se orienta genéricamente la profesión, las competencias teóricas y prácticas, y la mediación con los proyectos societales de clase actualmente en pugna²³.

22 En torno a dimensión, se puede consultar las producciones de Barroco (2004) y Netto (2003).

23 Netto señala que el proyecto ético-político "presenta la auto-imagen de una profesión, eligen valores que la legitiman socialmente, delimitan y dan prioridad a sus objetivos y funciones, formulan los requisitos (teóricos, institucionales, y prácticos) para su ejercicio, prescriben normas para el comportamiento de los profesionales y establecen las bases de su relación con los usuarios de sus servicios, con las otras profesiones y con las organizaciones e instituciones sociales privadas y públicas (entre éstas, también y destacadamente el Estado al que cabe históricamente el reconocimiento jurídico de los estatutos profesionales)" (2003: 274-275).

Como advierte Netto, “el Servicio Social (...) no es indiferente a las hegemonías que se constituyen: en su interior, se desarrollan y confluyen proyectos profesionales que son más o menos compatibles con proyectos sociales determinados y, entonces, con determinadas hegemonías políticas. La ineliminable dimensión ideológico-política de la profesión reside precisamente en la articulación de su significado social objetivo con los proyectos sociales (puestos por la voluntad política de los sujetos) que en él inciden (...) Por eso mismo, en un orden social con reglas democráticas, una profesión es siempre un campo de luchas, en el que los diferentes segmentos de la categoría, expresando una diferenciación ideo-política existente en la sociedad, procuran elaborar una dirección social estratégica para la profesión” (1996:115-116). En ese sentido, la direccionalidad colectiva debe orientarse en pos de una nueva instrumentalidad, relacionada con el proyecto societal de las clases subalternas, que apunte a la consecución de la emancipación humana.

Un segundo nivel es el singular, donde este proyecto ético-político es puesto en juego mediante el accionar individual del profesional, superando la inmediatez que plantea la demanda institucional e incorporando en la demanda profesional una finalidad mediada por los valores humano-genéricos del proyecto ético-político profesional.

En relación a este segundo nivel, Guerra afirma que “en este ámbito se enfrentan las condiciones objetivas del contexto institucional y las condiciones subjetivas de los profesionales (sus valores, principios, posturas, referencial, experiencias) y cuanto más próxima sea su lectura de la realidad, cuanto más en claro tenga las finalidades/objetivos de las acciones y cuanto más pueda su elección llevarlo por encima de la cotidianeidad y vincularlo a la esfera humano-genérica, mayores serán sus posibilidades de elevarse de su particularidad para la generalidad. Para esto, la mediación privilegiada son las acciones éticas” (2007a:260).

Es decir, esta perspectiva permite romper con aquellas visiones teóricas que reducen la intervención profesional a una manipulación planificada de un conjunto de variables del cotidiano de las clases subalternas (Netto, 1997) y posibilita una intervención situada, a partir del reconocimiento de los límites y posibilidades del escenario institucional en el que se desarrolla el trabajo profesional, de modo tal que “la perspectiva analítica (...) está orientada para efectuar la reconstrucción de la profesión en la óptica de las relaciones de clases, donde los personajes sociales involucrados en la práctica profesional, frente a los cuales el Asistente Social ejerce una función mediadora, son encarados más allá de meras individualidades” (Iamamoto, 1992:90).

Este proceso debe partir de un acto teleológico, que busque reconstruir el cotidiano, superando su inmediatez, captándolo como parte de un todo más amplio, lo que le posibilita al profesional la selección de aquellas cadenas causales que le permitan alcanzar la finalidad propuesta para su intervención profesional.

Por lo tanto, esto implica la profundización de la dimensión teleológica en dos sentidos. El primero, vinculado al análisis institucional del espacio laboral, superando la igualación entre la demanda institucional y la respuesta profesional; el segundo, la inclusión de la mediación con el proyecto societal y la cuestión de los medios y los fines para alcanzarlo.

A partir del acto teleológico, se desarrolla un conjunto de acciones que buscan transformar esa previa ideación en un producto objetivo. Así, se produce la mediación entre la teleología y la causalidad, al llevar a la práctica la previa ideación, se aborda una dimensión causal (causa y efecto), transformando la causalidad dada en una causalidad puesta (Lukács, 2004)²⁴.

La finalidad de la intervención, así como la causalidad puesta, se traducen en estrategias de intervención, producto de las reconstrucciones teleológicas realizadas por el profesional, considerando que las mismas no están determinadas "...únicamente por el posicionamiento del trabajador social, ni por la dirección política de la institución, ni por los usuarios, sino por una compleja y dinámica relación que está determinada por diversos recursos, mediados por una articulación que se condensa en el arsenal operativo en un momento histórico determinado" (Oliva, 2007:15).

Develar esta compleja trama histórica y conflictiva, es lo que permitirá al profesional suspender el cotidiano, y avanzar en la construcción de estrategias de intervención, cuya direccionalidad no quede limitada al corto plazo, sino que incluya otras finalidades más amplias y universales, es decir, estrategias a mediano y largo plazo, y en la cual el profesional pueda orientar su arsenal teórico-metodológico e instrumental-operativo a la conformación de alianzas con las fuerzas políticas involucradas, en pro de ampliar y fortalecer los proyectos sociales de las clases subalternas.

Consideraciones finales

La reflexión en torno al cotidiano y la intervención profesional del trabajador social es una temática que en los últimos años ha tenido algunos avances en su discusión, pero aún resta una mayor profundidad y debate.

24 El proceso de trabajo, implica además tres momentos decisivos para Lessa (1996): la objetivación, la exteriorización y la alienación. En el caso de la primera, la objetivación supone un conjunto complejo de actos que transforman la previa ideación, la finalidad construida en la conciencia en un producto objetivo. El segundo, la exteriorización, supone que el proceso de trabajo produce la exteriorización del sujeto, mediante el desarrollo de su individualidad histórica. Es decir, al exteriorizar por medio de la objetivación la ideación previa, el hombre adquiere nuevos conocimientos y habilidades. Finalmente, en determinadas situaciones históricas, algunos complejos sociales y mediaciones pueden cumplir el papel inverso al original, deteniendo o dificultando el desarrollo humano; esto es la alienación.

Debe recalcar -una vez más- que el cotidiano es un ámbito insuprimible de la vida del hombre y, por ende, el cotidiano profesional tampoco es posible de suprimirse o “suspenderse” de modo permanente. Sin embargo, el proceso teleológico de aprehensión de las determinaciones presentes en la intervención profesional, permite al profesional conocer la correlación de fuerzas existentes en ese momento particular, así como saber cuándo avanzar y cuándo retroceder (Guerra, 2007a), con quiénes construir alianzas políticas y planear estrategias de mediano y largo plazo.

Esto es posible en la medida que el profesional avanza en el reconocimiento de las particularidades de su espacio de intervención, captando en él el significado social de la profesión, así como la correlación de fuerzas existentes.

Históricamente, el trabajo social ha sido uno de los mecanismos operativizados por el Estado para enfrentar las manifestaciones de la “cuestión social”, actuando sobre la reproducción espiritual y material de las clases subalternas, como producto de la conflictiva relación social general -la “cuestión social”- donde partes de las reivindicaciones de las clases subalternas son atendidas por el Estado.

Esta “marca de origen”, que coloca a la profesión en una contradicción inherente: reproducir tantos los intereses del capital como de las clases subalternas, supone el desafío de redireccionarla, tanto a nivel colectivo como singular, a partir de un proyecto ético-político profesional que apunte a valores emancipatorios y que pueda ser llevado a la práctica por los/as trabajadores/as sociales en sus acciones cotidianas.

Esta tensión entre el lugar históricamente asignado a la profesión y la búsqueda de una nueva direccionalidad, debe ser puesta en juego en cada espacio, reconociendo las particularidades de ese significado social atribuido a la profesión.

Sólo mediante estas mediaciones entre lo singular y lo colectivo -como expresión de lo humano-genérico- y mediante un proceso de reconstrucción intelectual que busque reproducir el movimiento de la realidad, es posible superar la demanda institucional, captándola en su significado social, y planteando la posibilidad de direccionar estratégicamente el accionar profesional.

Es por ello que, como afirma Iamamoto, “uno de los mayores desafíos que vive el Asistente Social en el presente es desarrollar su capacidad de descifrar la realidad y construir propuestas de trabajo creativas y capaces de preservar y tornar efectivos los derechos, a partir de las demandas emergentes en el cotidiano. En fin, ser un profesional propositivo y no sólo ejecutor” (2003:33).

Sólo mediante esta capacidad para leer la realidad, reconociendo sus límites y posibilidades históricas, es posible transformar estas últimas en líneas de intervención profesional, de modo tal de ampliar la autonomía relativa del profe-

sional, permitiendo superar el carácter subalterno históricamente atribuido a la profesión (Iamamoto, 1992).

Referencias bibliográficas

BARROCO, M. L. *Ética y Servicio Social: fundamentos ontológicos*. San Pablo, Cortez Editora, 2004.

BRANT CARVALHO, M. C. "O conhecimento da vida cotidiana: base necessária à prática social", en: NETTO, J. P. y BRANT CARVALHO M. C. *Cotidiano: conhecimento e crítica*. San Pablo, Cortez Editora, 1994, pp. 64-91.

GIANNA, S. y MALLARDI M. *El Trabajo Social como complejo social. Aproximación a los fundamentos de los procesos de intervención profesional*. Tandil, Mimeo, 2011.

GUERRA, Y. "El proyecto profesional crítico: estrategia de enfrentamiento de las condiciones contemporáneas de la práctica profesional", en: ROZAS PAGAZA, M. (Coor.) *La profesionalización en trabajo social. Rupturas y continuidades, de la Reconceptualización a la construcción de proyectos ético-políticos*. Buenos Aires, Espacio Editorial, 2007a, pp. 253-272.

GUERRA, Y. *La instrumentalización del servicio social. Sus determinaciones socio-históricas y sus racionalidades*. San Pablo, Cortez Editora, 2007b.

HELLER, H. *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*. México DF, Editorial Grijalbo, 1987.

IAMAMOTO, M. *Servicio social y división del trabajo*. San Pablo, Cortez Editora, 1992.

IAMAMOTO, M. *El servicio social en la contemporaneidad. Trabajo y formación profesional*. San Pablo, Cortez Editora, 2003.

KOSIK, K. *Dialéctica de lo concreto*. México DF, Editorial Grijalbo, 1965.

LESSA, S. "A centralidade ontológica do trabalho em Lukács", em: *Revista Serviço social & sociedade*. Año XVIII -Nº 52, 1996.

LESSA, S. "Processo de produção/reprodução social; trabalho e Sociabilidade", em: *Capacitação em serviço social e política social*. San Pablo, CEAD, 2000.

LESSA, S. *Para compreender a ontologia de Lukács*. Ijuí, Editora Unijuí, 2007.

LUKÁCS, G. *Historia y conciencia de clase*. Madrid, Editora Nacional Madrid. 2002a.

LUKÁCS, G. *Prolegómenos a una estética marxista*. Madrid, Editora Nacional Madrid, 2002b.